

bien está realmente presente en la familia. Sí, Jesucristo está con nosotros; está en el padre, en la madre y en los hijos, porque está en todos. Crezcamos en él de todos modos: *Crescamus in illo per omnia*, hasta que elevándonos á su altura seamos hechos á semejanza suya. Hagamos que se manifieste y resplandezca en nosotros la vida de Jesucristo que está en nosotros. Y así como está nuestra gloria en llevar en nuestras almas la pureza de su raza y la divinidad de su vida, que sea tambien nuestra gloria el llevar en nuestra frente el signo de su grandeza y el resplandor de su imágen.

Considerémos, pues, que no solo es Jesucristo en la familia la fuente de vida que la regenera, sino que es el modelo que la forma, modelo de perfeccion que la eleva hácia Dios, haciéndola á semejanza suya, porque él es la perfeccion misma y el mismo Dios.

II.

Hemos dicho ya que la familia ejerce una grande influencia en la sociedad, precisamente porque ella es la que forma y eleva la vida humana; y que Jesucristo influye poderosamente en la familia, porque él es el tipo sobre el cual se forma, y la causa de su elevacion.

Hay en la familia, que es donde se desarrolla la vida, una cosa que ejerce el mas poderoso influjo en su formacion y su progreso, y esta cosa es la imitacion. El hombre es por naturaleza imitador, porque

sintiéndose perfectible, conoce que ha nacido para llegar á la perfeccion. La imitacion, considerada de este modo, es un elemento social para todo progreso; ó por mejor decir, es el mismo progreso, ó sea el hombre procurando alcanzar, imitándola, una perfeccion que no posee. He aquí por qué siempre y en todas partes, imita el hombre ó tiende á imitar algo. La originalidad no excluye la imitacion. Copiar servilmente un modelo exterior, es ser vulgar; la originalidad consiste en copiar un modelo por el cual se siente uno mismo inspirado, ó en otros términos, en ser á un tiempo el artista y el original de una obra. El genio mismo está sujeto á la imitacion; solo que tiene el privilegio de imitar de una manera mas perfecta los tipos que mas se aproximan á lo sublime; y las producciones que son consideradas como obras maestras, no son sino copias sublimes de un ideal mucho mas sublime que ellas, ó por decirlo así, un ligero rasgo de Dios que ha reflejado en la obra del hombre.

Podríamos probar ahora que todas las artes tienen un fondo de imitacion, porque las artes todas no hacen mas que espresar una idea: quizá un dia nos ocupáremos de este asunto, desarrollándolo debidamente. Mas sin que indagemos todo lo que puede haber en esta materia, diremos que hay una entre todas las artes que debe imitarse mas que todas; esta es el arte de formar al hombre á imágen de Dios. Ejercer la accion de la paternidad en la formacion del hombre, es esculpir la vida en el modelo de otra vida, ó sea reproducir un modelo vivo. El hijo en la familia es un artista que hace un cuadro teniendo á la vista un

modelo; este modelo es el que le presenta la vida del hogar doméstico; él mismo servirá mañana como modelo del cuadro que hoy copia. Si se copia mal el modelo, la vida humana se asemeja á la copia; si es mediana la copia, no pasa de vulgar la vida; si se imita el original de un modo distinguido, distinguida será la vida, porque como ésta tiende á la imitacion de un modelo sublime, se elevará más cuanto mas se parezca al original. Lo mismo sucede con respecto á la vida social, que siendo una copia de la vida doméstica, no será perfecta sino cuando se asemeje al modelo vivo que copia; el cuadro mas perfecto será, pues, el que con lo humano se parezca más á lo divino.

¿Quereis saber, señores, cuál es el modelo que presenta la Iglesia á los ojos de la familia cristiana para la formacion de su vida? Es la familia cristiana y santa, á la que bendice Dios desde el cielo, porque es lo que mas se le parece en la tierra. Bajo su techo se encuentran los retratos de sus antepasados que legaron á la familia sus virtudes como la mejor herencia, su memoria como una salvaguardia, su imágen como un recuerdo continuo para que practiquen el bien, y en fin, el ejemplo de su vida para que la imiten. ¿Y cumplirá con su deber la familia cristiana con solo imitar á sus antecesores? La Iglesia, que desea sin cesar la elevacion de sus hijos, procura que se imiten los ejemplos heroicos. Bajo el techo de la misma familia encontraréis los retratos de todos los hombres célebres que han dejado á la posteridad un nombre distinguido, contribuyendo cada uno en su esfera á dar lustre á la raza humana; en él veréis á los grandes capitanes, á los grandes reyes, á los grandes legis-

ladores, á los grandes oradores y á los bienhechores de la humanidad. ¿Pero le basta á la raza humana con imitar á esos grandes hombres? La Iglesia, constante siempre en su noble fin, quiere que imitemos á los santos, cuya celeste aureola es la luz que guía á la humanidad. Pero no se conforma con que los hombres imiten á esos héroes del cristianismo y sigan las huellas de esos gigantes de la humanidad; todavía exige más para que la familia cristiana se eleve.

Mas allá de todos los antepasados está el Padre de los siglos venideros y vuestro divino antecesor; sobre todos los hombres célebres aparece una figura que resplandece entre todas las demas; sobre todos los santos está el tipo y el ideal de la santidad; mas alto que la humanidad está el Hombre-Dios, nuestro Señor Jesucristo. A él es á quien debemos imitar. Sí, hijos míos, dice la Iglesia á la gran familia humana, imitad ante todo á Jesucristo, en seguida á Jesucristo y despues y siempre á Jesucristo: éste es vuestro modelo de imitacion; y yo he sido creada para haceros á todos á imágen suya.

No lo dudeis, señores, este es el divino secreto que lleva á la familia cristiana á su engrandecimiento; la Iglesia procura perennemente guiar á las generaciones hácia la imitacion del divino ejemplo que presenta sin cesar á su vista: toda entera se consagra á esta tarea para imprimir en las almas la imágen de Jesucristo, formarlo en los corazones y reproducirlo entero en la vida de sus hijos. Esta es siempre y en todas partes la divina ambicion que la guía. ¡Oh! los enemigos de la Iglesia, suponiendo á tan sublime ambicion otras miras, procuran por todos los medios po-

sibles inculcar en los pueblos el odio hácia ella, y dicen que solo aspira al dominio del mundo. No es cierto. Yo os respondo de ello y apelo á vuestra propia conciencia. No es otra cosa su ambicion sino el deseo ardiente de hacer á todos los hombres á imágen de Jesucristo. Su amor, semejante al de una madre, padece gustoso por educar á sus hijos: donde quiera que puede convertir un alma, donde quiera que pueda hacer un cristiano pronuncia estas divinas palabras que manifiestan su solicitud maternal, y expresan mas gozo que dolor: Hijos míos, de los que otra vez estoy de parto, hasta que Jesucristo sea formado en vosotros. *Filioli mei, quos iterum parturio, donec formetur Christus in vobis.*¹

He aquí por qué bajo todo techo cristiano donde no se ha rechazado el sagrado ministerio de la maternidad de la Iglesia se encuentra espuesto á las miradas de los fieles y á la veneracion de los creyentes la dulce y sublime imágen de Jesucristo. No solo está allí presente como el Dios protector de la familia, sino como un modelo constante para los que aspiran á imitarle. ¡Quién no se ha enternecido ante el cuadro encantador que presenta una familia cuando el padre, la madre y los hijos, arrodillados ante el Dios del Calvario, que es el Dios del hogar doméstico, le dirigen todos sus oraciones suplicándole que les conceda la gracia de velar por ellos y de permitirles que sigan su divino ejemplo? ¡Quién no ha visto al padre de esta familia, revestido con la autoridad y la majestad de Aquel á quien todos invocan y adoran con él, dando á todos, en nombre de Jesucristo una bendicion

¹ Gálatas, iv, v. 19.

que reciben con fe? El niño, siguiendo el santo ejemplo que le han enseñado, saluda con un respeto profundo, desde que abre los ojos para contemplar la luz del dia, la imágen del Salvador suspendida junto á su lecho; y le adora por la tarde y lo besa con amor por la noche, pidiéndole que vele su sueño y le cuide. Y ved cómo la tierna madre, con una elocuencia que solo ella posee, inicia á su pequeñuelo en los grandes misterios de la religion! Vedla cómo le enseña á adorar y pedir á Jesucristo, imprimiendo en su alma su imágen veneranda, para que no se borre de ella jamas, y quede grabada en su corazon, no solo como su mejor encanto y consuelo, sino como un tipo de perfeccion y como un ejemplo de la grandeza á que debe aspirar!

Conozco que las palabras no bastan á expresar todo esto y que para hacer comprender debidamente nuestras ideas, deberiamos presentáros las en un magnífico cuadro donde resaltara toda su belleza. Procuráremos, pues, copiar una de estas dulces imágenes que nos ofrece el hogar doméstico cristiano, y quizá retratarémos sin quererlo el cuadro de vuestra propia casa.

Cierta madre que se encargó con toda la vocacion de una alma cristiana y todo el amor de una madre de la educacion religiosa de su hijo, tenia profundamente grabada en su corazon la imágen de Jesucristo y queria que á imitacion suya la grabara tambien el niño en el fondo de su alma, para hacer de él un *fac simile* del retrato de su Dios. Para que el niño se embebiera en los sentimientos religiosos y aprendiera á amar á Dios, le enseñaba todos los dias un libro donde estaban fielmente representados en hermosos

colores los misterios de Jesucristo segun el Evangelio; y pasando de los cuadros á las letras y de las letras á los cuadros como para hacer ver al niño por todos sus lados la hermosura resplandeciente del Redentor, le repetia sin cesar y con dulzura las esplicaciones que el niño exigia cuando no alcanzaba á comprender: "Ya ves, le decia la madre, cuán humilde era en Belen, donde estaba acostado sobre la paja! Para que con el tiempo puedas, oh hijo mio, imitarle, sé humilde, porque solo haciéndose uno pequeño llega á ser grande. ¡No ves cuán dócil y obediente era en Nazaret! Era el Señor del mundo, y sin embargo obedecia siempre. Mira, niño, mira con qué ternura trató á Lázaro, cuán piadoso fué para Magdalena, qué bondadoso con San Juan y cuán blando para el mismo Judas! Le ultrajaron y recibió los ultrajes con dulzura; sufrió con paciencia y con rostro sereno cuántas iniquidades quisieron hacer los hombres con él. ¡Cuánto amor respiraba en los últimos instantes de su vida mortal, que los consagró á perdonar y bendecir á todos y llorar por todos! Tú serás bueno como él, hijo mio; sabrás ser paciente y amoroso, y como él perdonarás los agravios que te hayan hecho! Y si llegara un dia en que debieras padecer por salvar á tus hermanos, sufrirás hasta la muerte, hijo mio, teniendo presente que el Señor perdió su vida por salvar la tuya." Tales eran las dulces pláticas que tenia la madre con su hijo, durante las cuales, mezclando las caricias, las lágrimas y las sonrisas, cogia el crucifijo, que es la imágen mas espresiva del Dios de los cristianos, le colocaba en las tiernas manos del niño, le hacia fijar en él los ojos, le enseñaba á abrazarle y á

besarle, para que comprendiera mejor que debia amarle y respetarle, agregando: "¡Ya ves cómo ha sufrido! Mira estos clavos y estas espinas, que le atravesaron los piés y las manos; y mira cómo le hirieron en el costado del cual brota la sangre! Hijo mio querido, este es tu Señor, y debes oir su voz; es tu maestro, y debes seguir sus pasos; es tu modelo, y debes seguir el ejemplo que él te ha dado!"

Señores, si á esta enseñanza, salida de los labios de una madre y brotada como un reflejo del divino rostro de Jesucristo, para penetrar en el alma de un niño, agregais la persuasion que ejercen sobre nosotros las palabras que pronuncia nuestra madre, veréis con cuánta fuerza debe grabar esas palabras en nuestro corazon la doctrina cristiana tan tiernamente enseñada; comprenderéis todo lo que hace la madre por grabar en el alma de su hijo la imágen de Jesucristo, que eleva todos nuestros deseos, todos los sentimientos de virtud, todos los pensamientos del hombre, y al hombre todo entero.

¡Me preguntaréis tal vez dónde está esta madre? Yo os contestaré que en todas partes en el cristianismo, donde todas las madres desempeñan con la Iglesia la grande obra de la maternidad cristiana, que es formar á Jesucristo en sus hijos. Este es, señores, el tipo inmortal de toda educacion verdaderamente cristiana. Por medio de esta educacion se procura grabar su imágen en las almas de una manera tan íntima, tan clara y tan viva, que nada, ni las tinieblas del error, ni el huracan de las pasiones, ni el fango del vicio puedan borrarla; á fuerza de cariño, de virtud y de sacrificios, se crea y forma de una manera lenta, pero efi-

caz, en las generaciones futuras, no un Cristo falso, sino el verdadero Jesucristo: no el pseudo-Jesucristo, glorificado por los reformadores, sino el Divino Redentor, siempre predicado y venerado siempre por la Iglesia: no el Jesucristo imaginario, despojado de su cruz y de su divina aureola, sino al verdadero Jesucristo, subido al Calvario y coronado con su divinidad. En una palabra, señores, la Iglesia graba en los corazones de los cristianos, no una imagen superficial, como acontece frecuentemente entre los mundanos, sino una imagen profunda que lleva en todos los pliegues de la vida intelectual y moral el carácter indeleble de Jesucristo: últimamente, procura de tal manera infundir en las nuevas generaciones una adoracion tan íntima y tan palpable de Jesucristo, tan edificante en lo interior, y tan brillante en lo exterior, que la vida cristiana, al desarrollarse progresivamente bajo la doble influencia de la Iglesia y de la paternidad, toma la forma que le pertenece, es decir, la forma mas desagradable á Satanás y la mas agradable á Dios, la forma de Jesucristo: *Donec formetur Christus*. Esta es la obra que realizan juntamente la Iglesia y la paternidad para elevar á la familia, para el engrandecimiento del hombre y el progreso de la sociedad.

De este modo toma la familia cristiana entre nosotros el lugar que le corresponde; Jesucristo forma en ella todo poder, y ella no aspira sino á lo infinito. La sociedad siente el impulso que por todos lados le comunica la familia, y se eleva por sí sola á su debida altura; porque toda humanidad que lleva á Jesucristo, es á su vez llevada por él, y se eleva con él á medida que es mas imitado en ella.

Y por lo contrario, la familia que no se ha formado segun este divino modelo, ó que le ha rechazado despues de haberle conocido, casi siempre se deshonorra á sí misma y cae mas abajo que el resto de la humanidad. ¿Quereis saber en qué consiste actualmente la prostitucion de tantas gentes y la degradacion de tantas familias? Casi no me atrevo á pronunciar una verdad que debe ser tan sensible á los verdaderos cristianos. Sin embargo, fuerza es decirlo, señores: la causa de esa prostitucion es la indiferencia hácia el divino Redentor. Ya no se ve colgada en los muros del hogar doméstico la imagen de Jesucristo; ya no está continuamente espuesta á nuestras miradas; ya no está presente allí para morigerar nuestras costumbres; ya no reina en la familia con su divina presencia. ¿Y por qué, señores? Porque ya no está impresa en nuestras almas la imagen de Jesucristo. Yo me atrevo á preguntaros: ¿la teneis cada uno de vosotros suspendida junto á vuestro lecho, vosotros que os llamais hijos suyos? ¿La teneis presente allí para purificar con ella el santuario de la familia? ¿Os arrodillais todos los dias ante ella, y vuestros hijos con vosotros, para recibir con su bendicion el consejo que debe guiar vuestros pasos? ¿Ah señores! teneis colgados de las paredes los retratos de los grandes hombres; llenos están vuestros salones de estatuas y de pinturas profanas, y espondeis á las miradas de vuestros hijos los amores del paganismo, las Vénus y los Apolos del paganismo, y en una palabra, todas las bajezas del paganismo; y al lado de tantos héroes humanos y de tantas divinidades paganas, no figura una sola imagen de Jesucristo, cuando el mismo Tiberio la hizo colo-

car en el Panteon de Roma entre sus divinidades. ¡Ah! cuando llegue vuestra última hora; cuando el ministro de Jesucristo, vuestro rey y vuestro modelo, buscará la imagen del Salvador para presentárosla, porque su divino rostro es lo único que á esa hora suprema puede infundiros esperanzas y alegría, tal vez responderán al sacerdote, admirado de que en la casa de un cristiano no se encuentra una imagen de Jesucristo: "No hay en la casa un crucifijo." ¡Sabéis por qué no se encuentra en la casa un crucifijo para que todos le adoren, para que todos sigan su ejemplo, y para que derrame en todos su fuerza y su consuelo? Porque no lo grabó en vuestras almas una educacion profundamente religiosa; porque el padre no está hecho á imagen de Jesucristo; porque no le adora; porque no le ama, y quizá ni le conoce. Tal vez la misma madre ha dejado que el viento mundano ó el fuego de las pasiones borren en su corazon la imagen de Jesucristo, que solo superficialmente fué grabada en él durante su niñez. ¡Y cómo puede un niño imprimir en su alma, de una manera indeleble, la imagen de Jesucristo, única que puede elevar la vida, si está educado entre padres que nada guardan del divino Redentor, sino el nombre de cristianos? Oh cristianos, si quereis que la humanidad entera se eleve, y con ella la familia, haced que la imagen de Jesucristo, que falta ahora en el hogar doméstico, esté patente á los ojos de todos, y grabadla de nuevo en vuestro corazon; haced que se imprima igualmente en el corazon de vuestros hijos, para que conozcan cuál es en la tierra y en el cielo el ejemplo que deben seguir para engrandecerse en el mundo.

III.

La accion de Jesucristo en la familia cristiana es tan poderosa, que no solo es el modelo que la forma y la vida que le da el sér, sino que tambien es la fuerza que la defiende.

Los antiguos que ocultaban frecuentemente bajo algunos errores mitológicos grandes verdades sociales, suponian que el hogar paterno estaba confiado á la custodia de algunas divinidades domésticas, á las cuales daban ellos el nombre de dioses Penates. Colgaban en las paredes de sus casas las imágenes y las estatuas de esos dioses con una veneracion piadosa y un culto sagrado; y cuando el destierro, los azares de la guerra, la persecucion ó las catástrofes sociales les arrancaban del suelo de la patria, llevaban consigo esas divinidades tutelares que eran como el paladion de la familia. La religion y la familia inspiraban un mismo amor y un respeto mismo, y el culto consagrado á los antepasados se confundia con la religion que profesaban por sus dioses. En la historia pagana, y sobre todo en la Roma pagana, tiene mucha celebridad el culto de los manes. Los manes, ó sea el alma de los antepasados, era objeto de un culto particular en cada familia; formaba, segun un escritor distinguido, el lado religioso de la familia romana: "Los romanos, dice, ofrecian perpetuamente sacrificios; adoraban el alma de sus antepasados, que, segun ellos, vivian en el alma de sus hijos. Todo lo veia el romano en la fa-